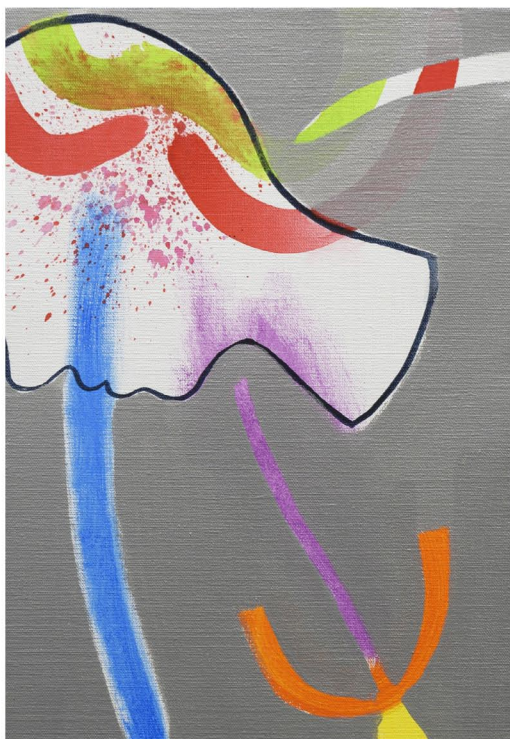


REVISTA DE
HISTÓRIA
DAS IDEIAS



FRONTEIRAS

VOLUME 35. 2.^a SÉRIE - 2017

IMPRESA DA UNIVERSIDADE DE COIMBRA

**LA FRONTERA DE LA PERTENENCIA. NACIONALISTAS
CATALANESE INMIGRACIÓN EN LA DÉCADA DE 1960⁽¹⁾**
**THE FRONTIERS OF BELONGING: CATALAN NATIONALISTS
AND IMMIGRATION IN THE NINETEEN-SIXTIES**

GIOVANNI C. CATTINI
gccattini@ub.edu
Universidad de Barcelona (Espanha)
ORCID: 0000-0002-3091-5813

CARLES SANTACANA
carles.santacana@ub.edu
Universidad de Barcelona (Espanha)
ORCID: 0000-0002-8529-4559

Texto recebido em / Text submitted on: 31/03/2017

Texto aprovado em / Text approved on: 12/06/2017

Resumen:

El presente trabajo pretende reflexionar sobre el concepto de frontera, aplicado al análisis de la pertenencia de las personas a una comunidad nacional. Concretamente, queremos reseguir el amplio debate que se dio en la intelectualidad catalana durante la década de 1960 ante la masiva llegada de inmigrantes de otras zonas de España, que podía hacer desaparecer la cultura autóctona, ya profundamente perseguida por el régimen franquista. En esta coyuntura, se elaboraron

(1) Este texto se enmarca en el proyecto «Los fundamentos del cambio cultural en España (1960-1975)», HAR2014-52882-P del cual participan los dos autores

planteamientos que trascendieron su época y dejaron un complejo legado que ha persistido hasta el presente. Para analizar el uso del concepto de frontera cultural entre corrientes migratorias de una población de un mismo Estado nos apoyaremos en las aportaciones que, desde las ciencias históricas hasta las antropológicas, nos permiten identificar en el ejemplo catalán un análisis de caso sugerente.

Palabras claves:

Frontera, inmigración, cultura política, Cataluña, antifranquismo.

Abstract:

This paper seeks to reflect on the concept of the frontier, applying it to an analysis of people's membership in a national community. Specifically, the intention is to trace a broad debate sparked among Catalan intellectuals in the nineteen-sixties by the massive influx of immigrants from other areas of Spain, a phenomenon that had the potential to cause the disappearance of an autochthonous culture being profoundly persecuted by the Francoist regime. Amid this set of circumstances, approaches were developed that transcended their time and left a complex legacy that has persisted to the present day. To analyse the use of the concept of a cultural frontier between the migratory flows of a population from the same State, the paper draws on contributions from the historical sciences and anthropology to conduct a thought-provoking case study of the Catalan situation.

Keywords:

Frontier, immigration, political culture, Catalonia, anti-Francoism.

Siguiendo los estudios de Albert Moncusí sobre fronteras e identidades nacionales (Moncusi 2005), nos parece importante remarcar que – desde los estudios pioneros de Edward Hall sobre la proxémica, entendida como el estudio de la organización del espacio y cómo el ser humano se relaciona de manera inconsciente con el mundo que le rodea – un sector de la antropología ha desarrollado una reflexión alrededor de las fronteras físicas y de las conceptuales. Estas últimas marcan las actitudes, las creencias, las culturas, las lingüísticas del poder y los campos discursivos de inclusión y exclusión (Pellow 1996).

Estas fronteras conceptuales nos permiten analizar los contrastes entre grupos humanos para poder entender los elementos vertebradores de las identidades colectivas, donde se ha privilegiado como central la percepción y la experiencia de las diferencias culturales con las continuidades y discontinuidades propias de toda cultura, a pesar de la dificultad de delinear con claridad la conceptualización de dichas fronteras, tal y como remarcó hace tiempo Ulf Hannerz (Hannerz 1997). La interrelación social nos obliga a ver los límites simbólicos que separan unos colectivos de los otros.

Precisamente, el hecho de estudiar el debate sobre la inmigración en Cataluña en la década de 1960 nos permite reflexionar sobre las codificaciones y las estrategias de los intelectuales del movimiento catalanista para codificar, conceptualizar e intentar actuar para superar los problemas entre autóctonos e inmigrantes para conseguir esta interrelación social. Hay que recordar que los intelectuales nacionalistas catalanes fueron los primeros en reaccionar ya que la inmigración ya había sido objeto de debates en las décadas anteriores. El movimiento de reivindicación nacional surgió en Cataluña a finales del siglo XIX, con un universo cultural y simbólico compartido por las diferentes ánimas del movimiento catalanista (Cattini 2015). En este sentido, la cultura política del catalanismo ha tenido desde entonces planteamientos distintos y complementarios, desde los que ponían énfasis en la afirmación de una cultura específica compatible con la nación española, hasta los que convertían esa reivindicación cultural en un deseo de autogobierno e incluso de secesión⁽²⁾. Por razones de extensión en este texto sólo abordamos el enfoque teórico, conscientes de que debería ir acompañado del estudio de otras variables sobre la realidad del proceso, desde las demográficas a las sociológicas pasando por el enfoque antropológico. También acotamos específicamente nuestra contribución al período 1960-1970, que creemos central en la elaboración de unas definiciones doctrinales. Así pues, analizamos brevemente los enfoques teóricos que ha hecho el catalanismo (teniendo en cuenta su pluralidad ideológica) en relación al papel de la inmigración en el proyecto nacionalista⁽³⁾.

(2) Una visión general en Balcells 1996 y en Sabaté 2015a.

(3) Las obras más destacadas sobre el tema que nos ocupa: Termes 1984; Cabré 1999; y la de referencia más actualizada es la de Domingo 2014. También el artículo de Pascual de Sans 2011.

Los antecedentes: catalanismo y demografía insuficiente

Para situar la cuestión, podemos resumir que Cataluña había perdido sus instituciones políticas tras el fin de la Guerra de Sucesión en 1714, de manera que a partir de entonces, y con su adscripción a la corona hispánica, desapareció como ente político, fundamentalmente al desaparecer sus Cortes y su relación de pacto con el monarca, que hasta esas fechas debía jurar las constituciones catalanas. A pesar de su derrota política, el sentimiento de pertenencia catalana diferencial no desapareció, y en la primera mitad del siglo XIX el auge del Romanticismo en Europa impulsó un renacimiento cultural (Renaixença) que fundamentalmente tenía carácter literario, de reivindicación de la lengua catalana, que estaba proscrita de la vida pública, aunque mantenía su uso cotidiano. Progresivamente, en la segunda mitad del siglo aparecieron formulaciones políticas como el federalismo, que recordaban la etapa histórica en que Cataluña se había autogobernado. Aparecen diversos proyectos de autonomía política, desde el que proponen los republicanos federales en 1869 y 1883 hasta las primeras formulaciones de entidades estrictamente catalanistas expresadas en las Bases de Manresa de 1892. De una u otra manera, interesa recalcar la progresiva plasmación política del catalanismo, que coincide a *grosso modo* con la irrupción de la sociedad contemporánea y la industrialización. El corrupto y caciquil sistema de la Restauración y las dudas sobre la eficacia de la participación electoral retrasaron la presentación de la primera candidatura catalanista hasta 1901, cuando consiguieron sus primeros diputados en la ciudad de Barcelona, rompiendo así el caciquismo y presentándose como una opción modernizadora. Paralelamente, desde finales del siglo XIX empiezan a expresarse opiniones sobre la débil demografía catalana, con tasas de reproducción muy limitadas. En las primeras fases de la industrialización las necesidades de mano de obra se habían resuelto gracias al excedente en las zonas más pobres del interior, afectadas por diversas crisis, como la de la plaga de la filoxera, que se cebó en la viña.

Situados ya en el siglo XX, la sociedad catalana fue conformando un sistema político que rompía con el oficial de la Restauración, en el que aparecen partidos catalanistas de derechas (Lliga), catalanistas republicanos de izquierdas (Centre Nacionalista Republicà, Unió

Federal Nacionalista Republicana) y republicanos españoles (Partido republicano radical). Estos últimos eran conocidos como *lerrouxistas* (su líder era Alejandro Lerroux) y la mayor parte de la historiografía⁽⁴⁾ considera que una de sus funciones era la de limitar el impacto del catalanismo sobre las clases populares. La reivindicación catalanista ya no era cuestión de minorías intelectuales, sino que estaba en el centro de la vida social y política; la inmigración, sin embargo, todavía no era una cuestión relevante. Sí que lo era la enorme fractura social que acarrearán las tensiones de una sociedad en rápida transformación, con episodios como la denominada «Semana Trágica» de 1909 (revuelta popular y espontánea de carácter anticlerical y antimilitarista) o el período de la «guerra social» de 1918-1923, cuando los atentados de activistas sindicales y agentes de la patronal causaron más de 500 muertos.

En esos años las primeras apreciaciones sobre el fenómeno inmigratorio, de alcance muy limitado, ponían el foco del análisis en la débil natalidad catalana. Como señaló en su día el historiador Jordi Nadal, un ejemplo de esa corriente sería el doctor Puig i Sais, que en 1915 escribió *El problema de la natalitat a Catalunya. Un perillgravíssim per a la nostrapatria*, en el que apuntaba que el empuje inmigratorio podía ser una amenaza descatalanizadora. No obstante, y en paralelo, Pere Corominas, dirigente de la izquierda catalanista, proclamaba en 1914 que los inmigrantes que se habían trasladado a Barcelona fecundaban el país y lo hacían progresar; alertaba a los que querían hablar de dos ciudades separadas y concluía que «Barcelona es de todos aquellos que trabajan por ella y la quieren».

Al fin de la Guerra Mundial muchas ciudades europeas entraban decididamente en una sociedad de masas. Barcelona se convertía en un ejemplo modesto pero decidido del proceso. Junto al empuje de los medios de comunicación de masas, con una notable presencia del cine, los primeros pasos de la radio (1924), se vivía una etapa de grandes proyectos, como la construcción del metro o la Exposición Internacional de 1929. Estos proyectos atrajeron mucha mano de obra. La población catalana de 1910 (2.084.000) creció hasta 2.344.000 en 1920, y en esa década se incrementó hasta los 2.791.000 de 1930, de manera que la población se había incrementado en cerca de un 40% en veinte años, lo que significa un impacto notable. Además, ese incremento de población se concentró

(4) Véase, con orientaciones diferentes, los libros de Culla 1986 y Álvarez Junco 1990.

en Barcelona y algunas ciudades de su entorno, que por primera vez configuraron un primer cinturón periurbano, muy reducido, ya que sólo lo formaban l'Hospitalet, Santa Coloma, Sant Adrià y Badalona (Santacana 1998). Más allá de las magnitudes de ese fenómeno, que son reducidas si las comparamos con otras ciudades europeas, lo cierto es que contenían una novedad decisiva. Por primera vez la población que llegaba a Barcelona no procedía de comarcas pobres catalanas, sino de regiones españolas, y en consecuencia no era catalanohablante. Los inmigrantes procedían esencialmente de Murcia y Almería. Ese proceso coincidió en gran medida con los años de la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930), en los que la prohibición expresa del uso público de la lengua catalana, la derogación de la Mancomunidad de Cataluña (organismo que mancomunaba las cuatro diputaciones provinciales catalanas fruto de la reivindicación del conjunto de fuerzas catalanistas) o la clausura de asociaciones acusadas de catalanistas (incluso el FC Barcelona fue clausurado durante seis meses en 1925) indicaba a los recién llegados que el catalanismo era una fuerza social enfrentada a la dictadura, situación que compartía con un movimiento obrero fundamentalmente anarcosindicalista que vivió aquellos años bajo la represión policial.

En este contexto, la irrupción de una inmigración castellanohablante tuvo un impacto notable, que afectaba tanto a los discursos de la identidad catalana como a los debates sobre las actitudes sociales y políticas de la clase obrera catalana. Esta segunda cuestión era fundamental, habida cuenta que desde finales del siglo XIX los obreros catalanes se habían organizado en sindicatos y organizaciones influidas por el anarquismo, que había cuajado en 1910 con la fundación de la Confederación Nacional del Trabajo, de ámbito territorial español, pero con un peso decisivo entre los trabajadores catalanes, y de manera secundaria entre los jornaleros andaluces. A pesar de que la Unión General de Trabajadores, socialista, había sido fundada en Barcelona en 1888, lo cierto es que el socialismo catalán había sido, antes de la Guerra Civil, de tinte básicamente intelectual, más cercano a los fabianos ingleses que a las estructuras de sindicato obrero, que sí tuvieron predicamento en Madrid, Asturias o el País Vasco.

Al hilo de esta estructura sindical, algunos dirigentes obreros catalanes veían en la hegemonía cenetista una especie de disfunción, ya que creían que el desarrollo del anarquismo se correspondía con sociedades poco evolucionadas, fundamentalmente agrarias. Para ellos, la Cataluña

que se conocía como «la fábrica de España» no podía ser anarquista, sino que debía ser socialista o comunista. Dirigentes marxistas como Joaquim Maurín identificaban al obrero anarquista con un inmigrante poco formado políticamente, con escaso arraigo en la sociedad de acogida, motivo que explicaría una mayor radicalidad. También entre los socialistas intelectuales había quien escribía en este sentido, como Gabriel Alomar, de la Unió Socialista de Catalunya (USC). No obstante, cabe destacar que eran opiniones particulares y poco fundamentadas, ya que correligionarios de la USC, como Rafael Campalans, opinaban en 1931 en un sentido contrario, y definían la patria catalana como el grupo humano de hombres que viven en Cataluña y tienen voluntad colectiva de convivencia y de progreso, cualquiera que fuese su procedencia. Como se puede observar, este debate tenía múltiples consecuencias, y no sólo comprendía la definición de la nacionalidad catalana, sino que también incidía en la explicación de la naturaleza de los movimientos sociales. En este sentido estas premisas no sólo se utilizaban para argumentar entorno al predicamento del anarquismo, sino también en relación a las disputas internas del anarquismo, con la pugna entre sindicalistas más moderados y anarquistas puros más radicales, que dieron origen en 1927 a la Federación Anarquista Ibérica. Se sostenía en ocasiones que los dirigentes de la FAI eran, sobre todo, inmigrantes, una afirmación que las investigaciones de la historiadora Eulàlia Vega (Vega 2004) desmienten, aunque las últimas obras de José Luis Oyón sobre la historia urbana de Barcelona entre guerras (Oyón 2008) y la de Josep Termes (Termes 2011) sobre el anarquismo lo reabrieron. También Albert Balcells (Balcells 1973; Balcells 1971) estudió la polémica sobre el anarquismo de fines de los años veinte. No obstante esto, tan importante es la realidad como lo que percibían algunos.

Con la proclamación de la II República en 1931 y la efímera República Catalana (14-17 abril 1931) se puso en marcha la autonomía política de Cataluña, hasta octubre de 1932 en una fase provisional, y de forma más definitiva a partir de la aprobación del Estatuto de autonomía. Al mismo tiempo que en España se respiraban aires de libertad, en Cataluña la mayor parte de la sociedad entendía que la existencia de la Generalitat y el Parlamento de Cataluña ponían las bases de un proceso de afirmación cultural y política. En definitiva, que el catalanismo se convertía en eje no sólo social, sino también institucional, bajo la hegemonía electoral de Esquerra Republicana, partido catalanista e izquierdista de orientación

socializante. Para el catalanismo había llegado el momento de iniciar el proceso de construcción nacional catalana.

En este contexto la cuestión inmigratoria irrumpió en dos circunstancias diferentes. En primer lugar, a través de los estudios demográficos, especialmente los de Josep A. Vandellós, titulados *Catalunya, poble decadent* y *La immigració a Catalunya*, los dos editados en 1935. Vandellós, demógrafo y economista, dirigía el Institut d'Investigacions Econòmiques y estuvo también en los orígenes de la estadística moderna. Como señaló en su día el historiador Josep Termes estos dos libros son las principales aportaciones de la época, pero tuvieron un eco muy desigual, tanto coetáneamente como también en la reproducción posterior del debate. El título del primero simplificaba el mensaje: la baja natalidad catalana y la inmigración acabarían acarreado una minorización de la población autóctona en pocas décadas. Sin embargo, Vandellós planteaba la cuestión de manera más compleja, como se sigue perfectamente en su segundo libro, *La immigració a Catalunya*. La base de esta obra es un análisis demográfico, en el que muestra la necesidad de la economía catalana de disponer de mano de obra forastera para proseguir el crecimiento industrial. En este sentido, la inmigración era necesaria para el progreso económico, pero se preguntaba sobre la capacidad de integración y/o asimilación de esa nueva población en la sociedad catalana, que tenía pocos instrumentos para conseguir ese objetivo. En este punto Vandellós se mostraba dubitativo, y aportaba ejemplos en todas las direcciones. Partía de la inexistencia de una raza española y de una raza catalana, pero sí que hablaba en términos de etnicidad, y dudaba de que el aprendizaje y el uso de la lengua catalana por parte de sectores importantes de los inmigrantes fuese un requisito suficiente para su integración. De hecho, creía que uno de los problemas más difíciles de superar era la adaptación de unos inmigrantes de procedencia mayoritariamente rural a la vida urbana, objeción que si tomáramos en su literalidad sería igualmente válida para los inmigrantes catalanohablantes procedentes de las comarcas pobres catalanas. Y volvía a utilizar el argumento como un elemento en el debate sobre las actitudes sindicales y políticas de la clase obrera catalana, aunque reconocía que era muy difícil fijar una conclusión cerrada sin fisuras.

La cuestión no atañía sólo a estudiosos o políticos, sino que estaba en la calle, como ponía de manifiesto el impacto público que tuvieron una serie de reportajes del joven periodista Carles Sentís en 1932 y 1933

que se publicaron en *Mirador*, el semanario de más prestigio de la época, que retrataban los viajes de los inmigrantes procedentes de Murcia. El título genérico era muy elocuente: «Múrcia exportadora d'homes»⁽⁵⁾ y es una muestra fehaciente de la distancia que separaba a los lectores de una revista dirigida a las clases medias catalanistas de unos inmigrantes que huían de la pobreza que se había convertido en extrema en zonas de Murcia y Almería, y a las que el periodista describía con toques sensacionalistas, describiendo enfermedades y hábitos sociales que se suponían fruto del subdesarrollo. Si el argumento de la necesidad de mano de obra forastera era evidente en una secuencia temporal larga, la coyuntura de crisis de la industria textil en los años treinta lo hacía inoperante, y de esta forma el debate público y político aunaba en un sólo problemáticas distintas, ya fuese el proceso de catalanización, las consecuencias de la crisis económica y las tentativas revolucionarias llevadas a cabo por los anarquistas, como la insurrección de los mineros en el Alto Llobregat (1932) o la proclamación del comunismo libertario en l'Hospitalet (1933), población de la conurbación barcelonesa que había crecido desde 1920 y que se identificaba por su adscripción a la CNT, en especial el barrio de La Torrassa⁽⁶⁾, en el que vivían 25.000 personas. Por otro lado, el impacto de la serie de artículos de Carles Sentís motivó un debate periodístico, al calor del cual la Casa Regional de Murcia y Albacete organizó un acto público para quejarse de lo injustos que eran muchos de los comentarios sobre los murcianos, denominación que recibían por extensión los inmigrantes españoles, independientemente de su origen.

En ese contexto tanto el Ayuntamiento de Barcelona como el Parlamento de Cataluña trataron la cuestión en sesiones plenarios, pero sin otorgarle demasiada atención, y con argumentaciones ya conocidas, tanto las que hablaban de los peligros de absorción de la población autóctona por parte de la inmigrada, junto a los que insistían en señalar que no existía ningún problema, y que consideraban catalanes a todos los que vivían de su trabajo en Cataluña. En cualquier caso, la cuestión estaba planteada en estos términos, pero el acceso de la derecha al gobierno republicano español a fines de 1933 y la creciente polarización

(5) Los artículos fueron reunidos sesenta años más tarde en Sentís 1994.

(6) Sobre la relación entre anarquismo e inmigración en este barrio véase Camós 1986. De una manera más general el libro coordinado por Oyón y Gallardo 2004.

que llevó a la fracasada insurrección del gobierno catalán en octubre de 1934 la mantuvieron en un segundo término.

La oleada de los años sesenta

El flujo de la inmigración no se detuvo con la Guerra Civil. A pesar de que la economía catalana no recuperó el nivel de 1936 hasta veinte años más tarde, y poco podía ofrecer, la inmigración se mantuvo, en parte porque algunos huían de la represión alejándose de la comunidad donde eran reconocidos políticamente, de manera que en muchos casos podemos hablar a la par de motivaciones económicas y políticas. No obstante el eje de continuidad, ciertamente el nuevo impacto de la inmigración en la sociedad catalana se concentraría entre 1960 y 1975. Visto desde una perspectiva cronológica larga la población de 1940 (2.890.000) creció hasta los 5.958.000 de 1981, de forma que se duplicó en cuarenta años. De los nuevos tres millones de habitantes, se calcula que 1,7 millones eran aportados por el saldo migratorio, a lo que en términos socioculturales habría que añadir la natalidad producida entre los inmigrantes. Si fijamos la atención en el período 1960-1980 las cifras indican con mayor claridad la velocidad de los cambios, ya que se pasa de 4 a 6 millones de habitantes en veinte años. La procedencia era en esta ocasión más plural, aunque el grupo preeminente era el de los andaluces. También fue diferente la forma de implantarse en el territorio. Si en la oleada migratoria de 1920-1930 el destino eran los barrios populares de Barcelona y los municipios limítrofes de l'Hospitalet⁽⁷⁾, Badalona y Santa Coloma, el mayor número de inmigrantes se expandió, en esta ocasión, en muchas más localidades, afectando en proporciones importantes a diversas comarcas, y dando lugar también a una pequeña área periurbana en Tarragona. Desde el punto de vista social y urbanístico se debe tener en cuenta también que en muchas ocasiones la nueva población se instalaba en barrios que se construían alentados precisamente por su propia llegada, de manera que se concentraba en distritos en los que podían representar el 70 u

(7) Sobre este municipio es interesante el libro de la antropóloga Clara Parramon (Parramon 2000). La misma autora analizó las políticas municipales oficiales en Parramon 2001.

80% de la población, circunstancia que podía fomentar fácilmente una vida social segregada.

A estos datos objetivos debemos añadir el interés político de la dictadura de Franco en favorecer una inmigración que creían que podía ser el golpe definitivo a una afirmación catalana que vivía en las catacumbas a las que le había confinado la represión. Se ha especulado mucho sobre este interés, y lo cierto es que en documentos confidenciales algunos dirigentes franquistas afirmaban que la desaparición del catalanismo era cuestión de tiempo (Santacana 2000) gracias precisamente al impacto social de la nueva población. En cualquier caso, el fenómeno inmigratorio no fue planificado por el gobierno, que lanzó el Plan de Estabilización en 1959 como única vía para evitar el colapso, pero no por convicción política. Otra cosa era que intentasen utilizar una de sus consecuencias en clave política.

Por otro lado, la existencia misma de la dictadura impedía a los diversos sectores del catalanismo tratar la cuestión con libertad. Tampoco podemos olvidar que, debido a todas estas circunstancias, era un debate a contracorriente e inconveniente para la dictadura. Además, las dos primeras décadas de la posguerra cambiaron bastante el panorama socio-político del catalanismo (Santacana 2009), forzado a un cambio generacional y a una recomposición en función también de la evolución ideológica del mundo occidental. Las dos grandes formaciones políticas de la etapa republicana (ERC y la Lliga) habían desaparecido, y sólo ERC conservaba algunos viejos dirigentes en el exilio. También el sindicato hegemónico hasta 1939, la CNT, había desaparecido fruto de la represión. Es difícil evaluar la representatividad de organizaciones que se desenvuelven en la clandestinidad, pero parece sensato identificar como más activos a dos núcleos: de un lado a un sector católico catalanista y del otro al configurado alrededor del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), el partido comunista catalán. Insistimos en su carácter novedoso porque los católicos configurados en el grupo CC (Crist-Catalunya) y cuyo principal dirigente era Jordi Pujol no eran la continuación de la Lliga burguesa de preguerra. Y el PSUC⁽⁸⁾, pese a su continuidad orgánica, incorporó desde inicios de los sesenta a sectores nuevos, especialmente a un núcleo de intelectuales y también a obreros procedentes precisamente

(8) El libro más actualizado sobre este partido es el de Molinero, Carme e Ysas, Pere (2010). *Els anys del PSUC. El partit de l'antifranquisme (1956-1981)*. Barcelona: L'Avenc.

de la inmigración. Curiosamente, y a pesar de las dificultades objetivas para generar una reflexión desde fuera del sistema, en esta ocasión los posicionamientos políticos fueron mucho más elaborados que los de los años treinta.

Els Altres Catalans de Paco Candel y la nueva orientación del debate

Pero antes de analizar esos planteamientos políticos se hace necesario referenciar la obra que polarizó el debate en los años sesenta. Su autor era un escritor de origen castellano hablante que había emigrado a Barcelona antes de la Guerra Civil, y que en 1964 publicó el libro *Els altres catalans*⁽⁹⁾ (Los otros catalanes). Paco Candel⁽¹⁰⁾ partía de su experiencia personal, y del barrio con mayoría de población inmigrada en el que vivía (barrio del Port en Barcelona) para explicar vivencias a las que intentaba dar un carácter de fresco social del que poder extraer algunas enseñanzas. El título del libro ya mostraba la intencionalidad última del autor. Naturalmente los inmigrantes eran para Candel esos otros catalanes. «Otros» porque lo eran desde hacía poco, con las características propias de su origen, pero en definitiva catalanes, como mínimo con la voluntad de serlo. Candel había esbozado su tesis en un artículo en la revista literaria *La Jirafa* en 1958, y fue seguido con interés en medios catalanistas precisamente porque su origen le confería una autoridad moral especial para sustentar su argumentación. Por eso jóvenes activistas como el católico Jordi Pujol y el socialista Joan Reventós le ayudaron en la fase final del proyecto. Candel hablaba de las condiciones de vida de los inmigrantes, de la vida en los suburbios, y también de la catalanidad. Aunaba discurso social e identidad catalana, pero no lo hacía ni como un teórico ni como un político, sino como el escritor comprometido con un paisaje social que sabe reflejar, y que es la base de su reflexión. Es curioso que fuese un escritor sin pretensiones teóricas ni filosóficas el que configurara la base del discurso catalanista sobre la inmigración a partir de ese momento. Su gran capacidad fue la de presentar un discurso sobre la inmigración de una gran claridad que se basa sobre su misma

(9) Recientemente se ha publicado una edición que incorpora los fragmentos eliminados por la censura. Véase Candel 2008.

(10) La biografía más reciente es la de Sinca 2008.

experiencia como inmigrante. Asimismo, la voz del autor se ponía como la de un árbitro que intentaba suavizar y mediar entre las posiciones tanto de los inmigrantes como de la sociedad de acogida.

Como ha insistido recientemente Andreu Domingo (Domingo 2013; también Lladonosa 2013 y 2015), Candel se presentaba como el mejor informador para el lector catalán autóctono que quería conocer aquella realidad y que ahora descubría que, finalmente, los inmigrantes se integraban y hacían suya la tierra que habitaban como «los otros catalanes». La obra de Candel causó sensación, y también tuvo sus detractores. Los defensores de *Els altres catalans* leían con satisfacción las páginas que Candel dedicaba a hablar de la identificación de los inmigrantes con el paisaje catalán y con su proceso de enamoramiento hacia la tierra que les había acogido; en cambio, los detractores, como veremos, consideraban que los habitantes que, mayoritariamente, se habían afincado en Barcelona y el resto de Cataluña, se habían esforzado muy poco por conocer la lengua catalana y reprochaban a Candel que no se implicara en la defensa abierta del idioma, ya que él mismo tampoco lo hablaba y consideraba que no era necesario.

El sector nacionalista y la asimilación de la inmigración

Si la defensa del idioma catalán ha sido a lo largo de la época contemporánea una de las principales reivindicaciones del movimiento catalanista, la llegada masiva de la inmigración castellanohablante tenía que suscitar celos y problemas en los sectores nacionalistas porque la veían como un elemento para favorecer la difusión de la lengua castellana en detrimento de la catalana. Para evitarlo, era vital asimilar a los inmigrantes y catalanizarlos plenamente. Esta percepción, presente en las aportaciones citadas de Puig de Saús, Vandellós, etc., fue recogida en la coyuntura de finales de los años 1950 por un trabajo pionero de Josep Armengou (1910-1976) que tituló *Justificació de Catalunya* (1958). El libro, que fue autoproducido por el autor y que circuló ampliamente en la clandestinidad, estaba pensado para las nuevas generaciones de catalanes que habían nacido después de la Guerra Civil y estaba dividido en tres grandes apartados: uno dedicado a estudiar los grandes problemas de España; y un segundo y un tercero, donde explicaba la realidad catalana y la vigencia de la propuesta nacionalista.

Armengou identificaba los problemas de España en la difícil coexistencia de diferentes nacionalidades oprimidas por las tendencias unitaristas de los castellanos; además esta coexistencia viciaba también la cuestión social por la cual Cataluña era tratada como una colonia por los vencedores de la Guerra Civil no dudando en afirmar que: «*El caso de Cataluña es una injusticia social colectiva*. No es la explotación de una clase social por otra clase social: es la explotación de un pueblo sobre otro pueblo» (Armengou 1958: 11; original en catalán)⁽¹¹⁾ y continuaba subrayando que el obrero catalán era doblemente explotado, por el propietario de la empresa y por el Estado español que, en Cataluña, explotaba a amos y obreros. Armengou continuaba analizando otros problemas de convivencia, así como los problemas religiosos y de cómo la jerarquía católica había apoyado los deseos castellanizadores de los franquistas.

Refiriéndose a su presente, Armengou hablaba de una invasión caracterizada por dos corrientes, una de funcionarios civiles y militares, con la finalidad de perpetuar la sumisión política de los catalanes, y a los que había que combatir en calidad de enemigos; y la otra, la invasión proletaria, no derivada de causas políticas, pero sí «fomentada y aprovechada para finalidades políticas» (Armengou 1958: 107; original en catalán). Armengou defendía que todo hombre tenía derecho a vivir donde pudiera, pero pedía un control de los flujos migratorios para evitar la creación de bolsas de marginación explosiva. El autor del texto alarmaba que esta inmigración podía, a la larga, despersonalizar progresivamente la identidad diferencial catalana por un lado y, por otro, favorecer la existencia de dos comunidades rivales en Cataluña. Por eso dejaba claro que era prioritario no impulsar fronteras entre catalanes e inmigrantes, sino impulsar un proyecto asimilacionista, o según sus palabras: «nos interesa que los inmigrantes asentados definitivamente en Cataluña se vayan asimilando progresivamente. Conviene a nosotros y conviene a ellos. Un extranjero es siempre un inferior. Catalanizarlos será por lo tanto elevarlos a la tesitura ciudadana normal» (Armengou 1958: 109; original en catalán).

La realidad de la problemática migratoria motivó la redacción de *Les migracions* (Vila 1964), un folleto del geógrafo y antiguo militante de ERC, Marc Aureli Vila (1908-2001), que apareció en el mismo periodo

(11) Subrayado en el original.

que el libro de Candel. Vila se había exiliado al final de la guerra civil española y residió en Caracas y llegó a ser catedrático de geografía en la Universidad Central de Venezuela. En 1978 decidió volver a Catalunya. En su trabajo *Les migracions* quería ofrecer soluciones humanas al problema del desplazamiento de las masas proletarias que llegaban a Cataluña escapando del hambre, tal y como había planteado Armengou el texto citado anteriormente. Recordando que él mismo había vivido lo que significaba la emigración, defendía la idea de que toda persona a la hora de llegar a un nuevo país tenía la obligación de estudiar la historia, la cultura y la lengua locales. Por otra parte, consideraba que la sociedad de acogida tenía la obligación de actuar para «absorber a los inmigrantes» desde una perspectiva «justa y humana» que tenía como objetivo atraerlos y nunca forzarlos. En este sentido, hacía un llamamiento para que los ciudadanos catalanes, conscientes de su identidad diferencial, tuvieran la percepción de la importancia de su colaboración, ya que solo su lucha por acoger a los inmigrantes podía permitir la supervivencia de la comunidad catalana. Vila afirmaba que «hacía falta aproximarse físicamente e intelectualmente a los grupos inmigrantes» (Vila 1964: 19; original en catalán), ofreciéndoles conferencias, conciertos, enseñándole ellos mismos la lengua, etc., con la finalidad de que «toda acción colectiva tiene que estar dirigida a hacer sentir a los grupos inmigrantes que ellos no forman parte de un grupo que no sea perfectamente soluble en la comunidad nacional» (Vila 1964: 20; original en catalán). Además, preveía la necesidad de construir apartamentos aptos para acoger a las familias, así como estructuras – escuelas y hospitales – para que se crearan las condiciones para que los mismos inmigrantes vieran positivo su cambio y ambicionasen fusionarse con el pueblo que les estaba acogiendo. En este sentido, ponía el acento en enseñar la lengua catalana y a no reírse de los errores de pronunciación de los inmigrantes, haciendo suya la crítica que Candel hacía a muchos catalanes de mofarse del acento con el cual los inmigrantes hablaban el catalán, quitándoles las ganas de hacerlo. Acababa su intervención explicando que se había inspirado en la normativa de las Naciones Unidas de 1958 sobre los deberes éticos de las comunidades de acogida frente al problema de refugiados e inmigrados.

A diferencia del folleto de Vila, donde encontramos el eco de las tesis de Paco Candel sobre la cuestión idiomática, el folleto redactado por Manuel Cruells (1910-1988), y publicado el año siguiente,

intentaba refutar las principales aportaciones de *Els altres catalans*. Se trata de *Els no-catalans i nosaltres* (Los no catalanes y nosotros), un texto que además de defender una propuesta asimilacionista al estilo de los Armengou i Vila, daba un paso más allá y no quería conceder el atributo de catalanes a los inmigrantes no integrados, y que consideraba infantil e inocente la apuesta por su integración, tal y como la planteaba Candel (Cruells 1965).

Cruells consideraba que el autor de *Els altres catalans* no era un inmigrado pero tampoco era un catalán, a pesar de haber llegado en su tierna juventud y haberse formado en las escuelas de la República. Y afirmaba que Candel había escrito un libro «como si estuviera sentado en un hito de una frontera de dos mentalidades, pierna aquí pierna allá, desde donde contempla y explica unos paisajes humanos, como si no fueran suyos, a pesar de que en cada momento se presenta como protagonista». Continuaba argumentando que Candel había «hecho una interpretación no catalana de unos problemas que nos afectan a nosotros los catalanes» (Cruells 1965: 8; original en catalán). En este sentido, afirmaba que el problema pasaba por la asimilación de los emigrantes ya que existían dos comunidades, la catalana y la de los inmigrantes, y que, en su presente, eran dos comunidades diferenciadas y el problema era ver cuál acabaría absorbiendo a cuál. Según Manuel Cruells, la lucha era por la salvaguarda de la cultura catalana y de su lengua, o con sus palabras: «una comunidad válida para todos los catalanes será siempre una entequeia, al menos como comunidad catalana, si no aporta lo que es esencial de una catalanidad, que es su idioma» (Cruells, 1965: 11; original en catalán)⁽¹²⁾.

En este sentido, Manuel Cruells lamentaba que los inmigrantes de la España meridional no quisiesen aprender el catalán, y aún peor que lo encontrasen superfluo y hasta que se familiarizasen con la represión franquista que perseguía la realidad lingüística catalana diferencial prohibiéndola en la escuela, en todos los medios de comunicación y en la administración. Este tema llevaba al autor a recordar que él mismo había sido un emigrado, exiliado, y nunca había visto a los franceses como enemigos a pesar del trato recibido por las autoridades galas en el final de la Guerra Civil Española y se había alistado, como miles de

(12) Y a p. 15 continuaba afirmando: «El que justifica y diferencia, y hasta, a veces, cuando no hay una forma de convivencia, separa, son las culturas, son los idiomas».

catalanes y españoles, en la resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial. Cruells recordaba que una de las características de la emigración catalana había sido la de diluirse en las comunidades que la habían acogido sin renunciar nunca a sus raíces. A pesar de que parezca paradójico, el autor del folleto acusaba al mismo tiempo a la inmigración del sur de España de no mantener fidelidad a sus raíces y en cambio de no querer aclimatarse a Cataluña, respetando su cultura y su idioma. El autor de *Els no-catalans i nosaltres* afirmaba que la cuestión idiomática era el elemento que separaba a la mayoría de los inmigrantes de su integración en la comunidad catalana ya que, en su mayoría, rechazaban aprender y hablar el catalán. Aquí radicaba el punto central de las tesis de Cruells, la no-integración idiomática como frontera entre la integración y convivencia de las dos comunidades.

La posición de Jordi Pujol de asimilación a la integración

No cabe duda que el joven activista Jordi Pujol (presidente de la Generalitat de Catalunya de 1980-2003)⁽¹³⁾ fue uno de los primeros militantes catalanistas de la posguerra que dedicaron su atención a la cuestión. A finales de los años cincuenta muchos miembros de asociaciones católicas visitaban con relativa frecuencia barrios obreros, dentro de un cierto apostolado social, con evidentes tintes de paternalismo. A pesar de ello, eso significa que, para algunas personas acomodadas, su vivencia cristiana les llevaba a contactar con una realidad que a priori les era ajena. A partir de esas experiencias, personas como Jordi Pujol conocieron una realidad constituida en parte por familias obreras de origen inmigrado, que en aquellos momentos vivían con enormes dificultades, entre ellas, y la más llamativa, la de la carencia de vivienda, que era especialmente significativa. Las primeras formulaciones de Pujol datan de 1958, pero hay que tener en cuenta que sus textos de la época sólo se difundieron clandestinamente, y no fueron publicados legalmente hasta 1976, a excepción de algún pequeño artículo, como el que publicó en 1964 en

(13) El análisis de la figura de Jordi Pujol es bastante complejo por el fraude fiscal que el mismo confesó en julio de 2014 y por la trama de corrupción en que está involucrada su familia y objeto de investigación por la policía en la actualidad; una crónica periodística en Maio 2014.

Serra d'Or, una revista de la abadía de Montserrat que tuvo muchos conflictos con la dictadura. En resumen, para Pujol lo más importante era mantener la unidad del pueblo catalán, entendiendo que la población de origen inmigrante debía formar parte de ese pueblo y que, por lo tanto, era necesario un proceso de integración. De hecho, «integración», que no asimilación, era la palabra clave para el joven activista, y de hecho está en el título de sus dos textos clandestinos de 1958: *Per una doctrina d'integració* e *Immigració i integració*, que vieron la luz legal en 1976 dentro del libro *La immigració, problema i esperança de Catalunya*, título que indica su enfoque meridianamente.

En definitiva, Pujol puso en boga una definición de catalán: «Catalán es todo hombre que vive y trabaja en Cataluña, y que con su trabajo, con su esfuerzo, ayuda a hacer Cataluña. Tenemos que añadir solo: que de Cataluña hace su casa, es decir que de una manera u otra se incorpora, se reconoce, se entrega, no le es hostil» (Pujol 1976: 69-70). Así pues, un solo pueblo como objetivo, una definición de identidad catalana no esencialista y que no precisaba requisitos previos, aunque topaba con la importancia que el catalanismo daba al papel de la lengua catalana en su definición identitaria. En este sentido, Pujol aceptaba como inevitable que la primera generación de inmigrantes tuviese dificultades para aprender y utilizar el catalán, máxime si estaba proscrito de la vida pública y oficial y de los medios de comunicación, pero confiaba en la adquisición de la lengua en la segunda generación, creyendo en una integración para la que contaba sobre todo con la vida asociativa de base, en el contacto entre autóctonos e inmigrantes en las redes sociales culturales y recreativas. Con lo que no contaba Pujol es con que la distribución territorial de gran parte de la inmigración en barrios con escasa presencia de autóctonos era una dificultad objetiva a su voluntarismo. No obstante, el lema «es catalán quien vive y trabaja en Cataluña» pasó posteriormente a convertirse en un lugar común de la cultura política catalana, sin reparar en muchas ocasiones en quién había sido su autor.

La aportación de Jordi Pujol fue entonces central para desplazar el viejo planteamiento asimilacionista del nacionalismo catalán y abrirlo a nuevas formulaciones, suavizando así la frontera idiomática como requisito previo a la integración en la catalanidad.

La posición de la izquierda socialista entre el integración y la reivindicación de clase

La cultura política de izquierdas de los años sesenta y setenta se diferenciaba de la anterior a la Guerra Civil por el auge del marxismo, y en Cataluña por la importancia del PSUC, tanto en la vida clandestina como también por la labor de algunos de sus miembros en instituciones legales a partir de finales de los sesenta, ya fuesen colegios profesionales o asociaciones culturales. Existía, por un lado, una visión pragmática y mayoritaria, que aceptaba las tesis de Candel y que obraba para tender puentes con las organizaciones y entidades democráticas del antifranquismo pero, por otra parte, había quién, desde una óptica marxista, se preguntaba a qué sociedad se debían integrar los inmigrantes y que acusaban duramente al nacionalismo catalán burgués de menospreciar el capital cultural y humano de los inmigrantes.

Desde los planteamientos marxistas, el primero en criticar abiertamente a Paco Candel y su libro fue Antoni Jutglar (1933-2007), profesor de historia de la Universidad de Barcelona y militante del Frente de Liberación Popular (que era una organización clandestina socialista). En una reseña a la revista *Cuadernos para el Diálogo*, Jutglar criticó tanto a *Els altres catalans* como a los comentarios elogiosos que había recibido, especialmente pensando en Jordi Pujol. Jutglar defendía que la lectura de la inmigración no podía quedar en un enfoque de integración cultural ya que, con una visión binaria de la realidad propia de la época, era imposible integrar al mismo tiempo explotados (obreros inmigrantes) y explotadores (burguesía catalana) (Jutglar 1964: 13-14). En este sentido, fue paradigmático el caso de Antoni Pérez Garzón (1924-2009), un obrero autodidacta de origen extremeño que pasó de la militancia anarquista en las Juventudes libertarias durante la Guerra Civil a convertirse al catolicismo y participar de las actividades del catalanismo católico de la década de 1950, hasta romper con ello y convertirse a un marxismo católico beligerante con el nacionalismo (Colomer 1984a: 12-15). Si a principios de 1960, Antoni Pérez había conseguido que el grupo católico, en que militaba el mismo Jordi Pujol, dejara de lado el nacionalismo para defender una Cataluña, «solidaria con los demás pueblos ibéricos, socialmente revolucionaria y comunitariamente pluralista en lo ideológico y en lo espiritual» (Colomer 1984; y también Amat 2014), en 1965 atacaba frontalmente toda la política catalanista hacia la inmigración (Pérez

1965). Desde una perspectiva marxista, Pérez afirmaba que el discurso integracionista escondía intereses de clase social, dando por hecho un esquema reduccionista que identificaba por un lado a autóctonos y burguesía, y por otro a inmigrantes y obreros. Al margen de que esa identificación no se sostuviera empíricamente, lo relevante es el discurso y su posible atractivo. Para Pérez el discurso integrador significaba la renuncia de la cultura de los inmigrantes, pero más importante todavía, esa línea argumental debilitaba la verdadera identidad social de los individuos, que era una identidad de clase social, o para decirlo de otra manera, la frontera de Pérez no era entre catalanes e inmigrantes sino entre clase obrera y capitalista. Estas tesis tuvieron una cierta influencia en el contexto ultrazquierdista de fines de los sesenta.

No obstante, en los medios intelectuales afines o próximos al PSUC, el discurso mayoritario seguía, como hemos dicho, a las intuiciones de Candel. En un estudio sobre el tema, Clara Parramon (2011) señala, no obstante, la poca atención que la revista teórica del PSUC, *Nous Horitzons*, dedicó a la cuestión hasta la Transición. En realidad, la reflexión de los intelectuales de izquierda⁽¹⁴⁾ se vehiculó a través de otras publicaciones, en especial del volumen colectivo *La inmigración en Cataluña* (1968), en el que se daban cita colaboraciones muy diversas, y en el que predominaba el análisis de la realidad desde las ciencias sociales, especialmente la sociología y la antropología de bases materialistas, que aportaban estudios diversos, desde la cuestión lingüística a la movilidad social, sin una posición de futuro común.

El más beligerante fue, una vez más, Antoni Pérez, que volvía a la carga con un denso artículo (Pérez 1968). Mezclando aportaciones de la sociología conflictivista, de la antropología cultural y del marxismo, Pérez acusaba a los catalanistas de querer imponer una integración que se centraba en una mistificación idealista de su colectividad territorial, de subordinar y considerar inferior al inmigrante y su cultura, así como de presentar una edulcorada visión de la lengua catalana como herramienta de integración. Y defendía que el problema más importante para la clase obrera catalana, tanto autóctona como de otras partes de España, era la explotación capitalista «de la cual son igualmente víctimas una mayoría de catalanes no inmigrantes y los inmigrantes, beneficiarios de

(14) Un análisis interesante en el capítulo «Els altres catalans» del libro de Colomer 1984b.

una minoría de catalanes junto con bastantes no-catalanes». Asimismo, rechazaba que el inmigrante tuviese que aprender el catalán; sólo debía hacerlo si quería y para «ensanchar su horizonte humano y cultural, y sin que por ello tenga que renunciar a su propia lengua». Consideraba que la insistencia de los catalanistas para defender su idioma había tomado «la forma de una cruzada personal, frenética y angustiosa, poco simpática, obstinada en hacer de aquel hecho diferencial real, pero sociológicamente de valor y de peso sólo relativos, un hecho agresivamente imperativo para toda la sociedad catalana en bloque».

Antoni Pérez terminaba su reflexión alertando de dos posibles problemas futuros: el primero, que el neocapitalismo hiciera de la integración en la comunidad catalana un instrumento de ascenso social de los obreros inmigrantes rompiendo así la que tenía que ser la solidaridad de clase; y el segundo podía ser representado por posibles enfrentamientos entre obreros autóctonos e inmigrantes.

Tal y como ha recordado Andreu Domingo (2013: 26-28), seguramente la aportación de Antoni Pérez González suponía sobretudo una crítica al concepto de integración que planteaba Jordi Pujol, pero sin conseguir formular una teoría alternativa que fuera al mismo tiempo de clase y nacional. Estos planteamientos se los hicieron suyos autores diferentes que provenían del catolicismo social, como el mismo Antonio Pérez, Alfonso Carlos Comín o Joan. N. García Nieto, entre otros.

A pesar de todo, el estigma y equivalencia entre intereses de la burguesía y nacionalismo catalán se cimentó en esta coyuntura, cuando apareció el libro de Jordi Solé Tura (1967) sobre Enric Prat de la Riba, el político nacionalista de principio de siglo acusado de ser el intérprete político de la oligarquía catalana. El trabajo de Solé Tura tuvo una profunda transcendencia y abrió un debate áspero en las filas del antifranquismo catalán. En particular, los sectores nacionalistas lo leyeron como un ataque en contra del catalanismo (para el debate: Cattini 2008).

Al margen de las discusiones intelectuales y de las aportaciones analíticas, desde la segunda mitad de los años sesenta se vivía una situación de facto. La españolidad de la dictadura se vivía como caduca y poco atractiva, y los sectores sociales más dinámicos (asociaciones vecinales, colegios profesionales comprometidos con la democracia, editoriales y entidades culturales,...) iban tejiendo complicidades gracias a un eje común que era su antifranquismo y que se cimentó precisamente

en su alianza con aquellos sectores catalanistas activos en contra de la dictadura.

Conclusiones

En la realidad de la vida social y política de la oposición a la dictadura la vinculación entre catalanismo y antifranquismo se solidificó de manera clara en 1971 con la constitución de la *Assemblea de Catalunya*, organismo clandestino unitario que reunía a grupos políticos y asociaciones civiles de la oposición de todas las tendencias, desde liberales hasta la extrema izquierda, que impulsó movilizaciones populares antifranquistas, desde la celebración del 1 de Mayo hasta campañas por la amnistía de los presos políticos. La *Assemblea* definió unos objetivos comunes (su lema más telegráfico rezaba «libertad, amnistía y Estatuto de autonomía»), uno de los cuales era la consecución de la autonomía política para Cataluña, que volvía a ser un objetivo transversal de los sectores comprometidos con el antifranquismo, sin distinciones entre grupos formados mayoritariamente por autóctonos y núcleos con mayor presencia de personas de origen inmigrado reciente. Esta íntima vinculación entre catalanismo y antifranquismo tenía como mínimo común denominador teórico la definición de un pueblo catalán al que todos podían incorporarse. Así las cosas, parecía que se hacía hegemónico el discurso catalanista basado en las premisas de unidad del pueblo de Cataluña e integración de los recién llegados. En algunas encuestas realizadas en áreas castellanohablantes la mayoría de padres respondían afirmativamente si se les preguntaba si les gustaría que sus hijos aprendieran la lengua catalana, un elemento clave de integración. En un ciclo de conferencias de 1975, meses antes de la muerte del dictador Franco, los que estaban llamados a ser líderes democráticos compartían esas tesis, desde los democristianos a los comunistas (AAVV 1975). También se constataba esa línea de acuerdo con unas jornadas dedicadas expresamente a la cuestión, celebradas en 1979. Con el título «Inmigració i reconstrucció nacional», ponentes de todas las orientaciones ideológicas insistieron en que el hecho inmigratorio era uno de los retos principales en el proceso que denominaban «reconstrucción nacional». Todos los líderes políticos se refirieron al peligro de escisión social, aunque con distinto énfasis, pero al mismo tiempo todos apostaban por la

integración, aunque no la entendieran exactamente igual. Quizás con un exceso de voluntarismo, el líder comunista Gregorio López Raimundo, inmigrante de origen, afirmaba que «a pesar del peso de la inmigración en el crecimiento de la población de Cataluña y de las circunstancias desfavorables reinantes hasta ahora, se produce una fusión paulatina, relativamente rápida, entre los catalanes de origen y los de adopción y una extensión en el empleo del catalán como lengua de comunidad» (AAVV 1980). Dos apuntes finales que no es posible desarrollar: por un lado, la consideración de la población inmigrada como un todo, en el que no se observan diferencias en función de su origen. Se considera igual a los procedentes de cualquier territorio español, una cuestión sobre la que llama la atención un artículo de Clara Parramon (2009), ante las evidentes diferencias entre originarios castellanohablantes y otros procedentes de zonas con lengua propia distinta del castellano, como por ejemplo Galicia. Por otro lado, la insistencia en el lenguaje político de los años sesenta y setenta en utilizar mayoritariamente el término «pueblo catalán», muy por encima de las referencias a la «nación catalana».

Con el fin de la dictadura franquista y la recuperación de la institución autónoma de la Generalitat (con carácter provisional en 1977 y de forma estatutaria en 1980) acababa la etapa de las definiciones doctrinales y debía empezar la fase de las acciones. Desde los años veinte todo habían sido debates, discusiones y acción desde la sociedad civil, pero no desde instancias del gobierno en manos catalanistas (el gobierno de la Generalitat republicana sólo actuó con competencias dos años, desde finales de 1932 hasta octubre de 1934). Ahora llegaba la hora de la verdad. Se trataba de ver si los discursos elaborados por minorías movilizadas reflejaban la realidad de la sociedad catalana o eran meros cantos voluntaristas. Y sobre todo, de traducir en la vida cotidiana la unidad civil del pueblo catalán y de ver hasta qué punto las políticas de catalanización (especialmente el impulso de la lengua catalana) eran asumidas mayoritariamente y como las fronteras de pertenencia de la comunidad inmigrada cambiaron y se reformularon. Analizar esta fase requeriría tratar al mismo tiempo la evolución de los planteamientos teóricos y su correlato con la acción de la administración catalana, el uso que han hecho los partidos políticos y la propia evolución sociológica de la población. Un cometido que excede nuestra cronología.

Podemos concluir, pues, que en el transcurso de las oleadas migratorias, el discurso identitario del catalanismo mantuvo sus dudas

